

COSAS PRELIMINARES (*)

Escribió Clarín: «En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo». Se refiere al Quijote. Yo no sé qué efecto surtirían en la juventud de aquel tiempo estas palabras. Sí sé decir que la juventud de hoy, por lo menos parte de ella, las recibe con una sonrisa un tanto piadosa. El prócer satírico quiere que los libros —el mejor libro— indiquen o señalen rumbos determinados a los espíritus jóvenes. Error propio del siglo XIX y de todos los siglos, menos del XX, esto es, del siglo en que ahora bulle una juventud. Esto quiere decir que, escribiendo yo un libro sobre el Quijote, proclamando a los cuatro vientos el valor inmenso del Quijote, creyendo con toda sinceridad que es el libro más grande del universo, el Quijote no ha influido, no influye, no influirá lo más mínimo en mi espíritu.

¡Influir! A este vocablo sonoro y vacuo le declarará guerra a muerte la nueva sensibilidad. Porque los que nos asomamos ahora al espectáculo de la cultura viva sorprendemos no más que hormigueros numerosos, compuestos de individualidades *influidas*, que corren y corren, ávidas, al imperativo de un címbalo quimérico que no conocen, que no han oído nunca, y no precisamente por carecer de facultad escrutadora, no, sino porque ese címbalo cuyos tintineos obedecen, es quimérico, no existe.

Quizá en los últimos años se haya dado remate a un gran número de inteligencias, hayan adquirido plenitud muchas máquinas creadoras del pensamiento. Y estoy seguro de que todas, absolutamente todas, han sucumbido como anhelos verticales, y se han sumado a un hormiguero, al más predilecto y afín, pero hormiguero al cabo. Y es que no se trata de incendiar rebeldías vanas, no. En todas las épocas y en todos los tiempos han existido «inteligencias rebeldes», y no en pequeño número. La rebeldía forma también *su* hormiguero. Es preciso huir de ella. La nueva sensibilidad —y tan nueva que no se habrá manifestado aún— no será rebelde, mucho menos conservadora. El vocablo que pueda dar expresión, nombre, a sus tendencias no existe todavía.

Y un escritor —yo— que tiene confianza en poder gustar esa *sensibilidad* nueva, en gozar sus primicias virginales quizá, ha leído el Quijote con mucho amor, con mucho cerebro —el amor cerebral, que es fijeza, que es comprensión y creación y nervio potente, sí existe en esto—, y ha visto infinitas cosas que conocerá el lector a lo largo de este libro.

Son reflexiones, escolios mejor, que se han desprendido de mí al choque fecundo con alas ingentes de genialidad. No es crítica, es *visión*. Y quizá más que visión, porque el contacto produjo *creación*. Si alguien cree, es capaz de creer, que estas palabras son algo así como un sacrilegio literario, o más bien, un atrevimiento vanidoso se equivoca. Y no seré yo quien invierta tiempo en convencerlo de lo contrario.

Y tampoco, eso nunca, tomar el Quijote como un motivo. Aún le queda a la juventud de hoy la perspicacia suficiente para saber respetar lo único que quizá mira con orgullo en el pasado. Porque es esa misma perspicacia —latir preciso y flechazo recto— la que le induce a ver en el tiempo algo más que una mostranza de agonías. Desde Lucrecio hasta las lamentaciones que prodigan algunos escritores en torno al sentido de *vida*, todo es uno y lo mismo.

El tiempo es una categoría que se une a todas las creaciones. Y al crear, es necesario tener conciencia de esa categoría. El hecho perdurable es el que logra una bocanada de eternidad. Y la eternidad es la máxima categoría del tiempo, porvenir siempre cercano, como una paralela que consigue mantener las distancias, avanzando a medida que el soplo del presente se desvanece etéreo. Porque el presente es muerte, luz de un segundo. Y el pasado son tinieblas. Las obras inmortales que se admiran a través de los siglos no pertenecen al pasado. Poco importa el año, la fecha en que fueron creadas. Son detalles que no debieran mencionarse nunca por su nimiedad simbólica. Las obras inmortales se forjan al contacto de su creador con un minuto, una hora de eternidad.

En estos años, se ha comentado mucho un libro que el sabio alemán Spengler ha escrito sobre la decadencia del Occidente. En este libro se exponen los síntomas —muy pequeños, débiles y hasta quiméricos síntomas, por cierto— que en opinión de su autor son señales evidentes de la decadencia, y no sólo de ésta sino también de la muerte de la actual cultura de Occidente. Dejemos aparte afirmaciones *de relleno*, visiones a todas luces absurdas y estaremos de acuerdo con la obtención final. Pero Spengler no llegó hasta el radicalismo a donde hemos de llegar nosotros. Y este radicalismo consiste en señalar el síntoma más vigoroso que demuestra la decadencia en que yace la vida espiritual toda. Lo diremos de una vez: *Es el exceso de investigación*. La inteligencia universal es incansablemente investigadora. Es enorme el número de infolios que durante los últimos veinte, cuarenta, cincuenta años han aparecido repletos de notas, fechas y opiniones y otras cominerías arcaizantes. Se escriben inmensos tratados, compuestos de tomos inacabables, sobre la Historia del Arte, de la Literatura, de la Filosofía, como si hubiera necesidad de hacer un inventario del pensamiento universal de todos los siglos. Yo no quiero ver en esto más que la demostración palpable de que no existe Arte, Literatura ni Filosofía actual, como si los *grandes hombres* del pasado se hubieran propuesto agotar las grandes canteras de que se nutren estas tres enormes ramas del pensamiento. **[Y en esos tratados se analiza, se desmenuza todo, poblándolo todo de notas comparativas, uniendo con redes invisibles y certeras las más disociadas creaciones.]** Bien están todas esas investigaciones, pero como categoría ínfima, no predominando y absorbiendo las grandes atmósferas. Estos investigadores, al encajonar lo etéreo, establecen, claro es, categorías. Proclaman las obras inmortales y señalan los autores mediocres. ¡Como si la inmortalidad necesitase de voceros, como si la obra perdurable, amasada y creada en minutos de eternidad, no viviera siempre, no respirara siempre, aunque no se hiciesen ediciones de ella, aunque no la leyera nadie y nadie le dedicase unos minutos en el fugaz transcurso de la vida! ¿Es que una obra es inmortal porque hablen diariamente de ella cientos de miles de cretinos? No. Nunca. Afirmo que el exceso de investigación, de análisis, de pedantería erudita y libresca es el más firme y seguro síntoma de decadencia. Hoy, al hablar doctamente de literatos, no se refiere nadie a esos pobres diablos que cara a cara con la vida, en la calle, luchan por que los cataloguen dentro de dos o tres siglos; sino a los encajonadores, que miran a los pobres diablos por cima del hombro, como diciéndoles que para entrar en el *cajón* lo primero que hay que hacer es morir, y... después Dios dirá. Los pobres diablos ante esta perspectiva, reconociendo la superioridad de los porteros del *cajón*, con un gesto humilde, abandonan sus pretensiones de ser catalogados y se lanzan a la vida a triunfar, a tener automóvil, a gozar buenas queridas, a recibir muchos aplausos. ¿Que cómo? Pues los literatos pergeñando pornografías; los artistas, achabacando su arte; y los

filósofos haciéndose politiquillos, esto es, psicólogos de multitudes. Y claro, la literatura es mediocre; el arte es chabacano y la filosofía es psicología o psicometría o necedad, que todo es uno y lo mismo. Y coronándolo todo, se sitúa, ¡qué remedio!, pomposa, riente y dominadora, la *Decadencia*. ¡Y se extraña nadie!

Esto sucede, claro, porque lo manda, lo exige, lo *crea* la Historia, el Tiempo sin ráfagas de eternidad, que no otra cosa es la Historia, el azar y el fatalismo científico spengleriano. Hay también lo que se llama «la alta crítica», que con la ciencia investigadora ocupa los altos sitios del idealismo docto. La investigación y esa «alta crítica» se complementan de modo maravilloso, y lo ordinario es que ambas cualidades se asienten en un mismo cerebro. No son estas frases hostiles conceptos para la función crítica; pero lo que sí afirmo una y mil veces es que ésta no debe desarrollarse a idéntico nivel que la cosa creada, mucho menos en un nivel superior, que es lo que sucede en la actualidad, produciendo lógicamente grandes desequilibrios y consecuencias funestísimas para el debido entronque de las ideas en el alma de los pueblos. Estoy seguro de que estas últimas páginas las interpreta mal el lector, y por eso voy a salir al paso de derivaciones erróneas: No hay en ellas ni un sólo ataque para la investigación erudita, sino que me limito a señalar como un síntoma seguro de la decadencia indudable el desarrollo, el entronizamiento en las altas cúspides y el poder sobre la actualidad creadora de esos trabajos investigadores que dicen muy poco o nada a la avidez anímica de nuestro tiempo. En clara y definitiva metáfora, esto puede compararse a la actitud de un enfermo gravísimo que en sus postreros instantes se dispone a echar un vistazo crítico sobre las *acciones* que constituyen su vida toda, gozándose en la contemplación de las más agradables y señalando con un suspiro aquéllas en que no se muestre con la debida pureza o en las que no invirtiera la *genialidad* suficiente. De todas formas, haya en el Haber de su pasado muchas acciones geniales o no haya ninguna, el enfermo está incapacitado para obras de gran empeño, y fenezca con mucha gloria o sin ella, la realidad es que su actual presente no *crea*, no produce, no vive. Hemos de aceptar, pues, la idea de la decadencia de una cultura sin grandes lágrimas, casi debía decir gozosos, porque se nos presenta la ocasión de mostrarnos tal como somos, sin que en nuestra actitud se reflejen «motivos» extraños y sin que sobre nuestra alma graviten amenazadoras presiones, esas presiones que han hecho sucumbir, malograr mejor, envueltos en el cieno de la decadencia, a grandes hombres que se hundieron para siempre. Y expliquémonos ahora el espectáculo de la crítica. Hemos dicho que se ha elevado hoy día por cima de la obra creada, y con esto quisiera decir dos cosas: que la obra creada alcanza muy pocas veces relieve apreciable, y que la crítica, muy inoportunamente por cierto, ha brincado sobre esa mediocridad creadora y adquirido como consecuencia del brinco posiciones que no le corresponden. Y una vez que la crítica actual habita las cúspides, y la obra actual se revuelve, impotente y mediocre, en las bases, sobre el suelo y las atmósferas ínfimas, sucede que aquélla no puede ocuparse de ésta, tergiversando funciones y mirando de espaldas a la realidad viva. En esta situación las cosas, lo lógico sería que la crítica, reconociendo la inexistencia de *obra criticable*, abandonase sus posiciones y se retirara a otras superficies. Pero no lo hace así, y desde su altura inmensa —merecida, desde luego— desdeña la realidad que nos envuelve y se propone descubrirnos unos cuantos genios ignorados, creyéndose, sin duda, con lamentable equivocación, artífice de inmortalidades. La crítica ha de ir siempre detrás de la obra creada, examinándola, escudriñándola, y claro es que con la digna independencia necesaria para que en caso preciso pueda negarse a

examinar lo que, a su parecer, *no existe*. Esta última debiera ser su actitud desde hace lo menos veinte años.

Una vez demostrada la decadencia, réstanos averiguar si va a adueñarse también de la generación próxima o si ésta va a lograr hacerla desaparecer, sacudiendo el letargo espiritual que domina al mundo.

Y yo me pregunto cuál es la actitud del «espíritu joven» frente al esplendor de las viejas normas. Porque el final, la decadencia de una cultura es sólo eso: normas. «En clara y definida metáfora», es como obligar a una sensibilidad a gozar de emociones siempre iguales, a forzar su dirección eternamente por un camino, por uno solo, dejando los paisajes fronterizos para que en su examen pueda manifestarse alguna débil originalidad. **[Un ejemplo es el ver como las tres cuartas partes del género humano se le coloca por obra y gracia de un prejuicio en condiciones de abrirse a la vida, sentar una afirmación o una negación determinada: Creer o no creer en el Cristo; adorar o lanzar denuestos al Cristo; afirmar o negar al Cristo. Y esto es sencillamente ridículo, lo reconocerán los más fervientes cristianos y sin más furibundos contradictores. Hasta el que en esta materia adopta un gesto de indiferencia ha tenido antes que oscilar entre uno u otro lugar común. La literatura nos ofrece también un espectáculo con el que no podemos estar conforme.]** Todo esto, unido al progreso de la ciencia investigadora y la equivocada posición de la crítica, significan grandes síntomas de decadencia. Y esta decadencia, en la literatura de Occidente, tiene su principio con la sequía de la última vena romántica y el advenimiento de nuevos escritores, clásicos o lo que sean.

Yo quisiera aprisionar en este libro una juventud de la que gozan todos los seres vivos. Y acaso este libro signifique la muerte de esa juventud a la que yo amo tanto. No debía escribirlo. Me asaltan las dudas terribles, **[una de ellas es si no soy ya un descarriado]**, si a los diez y nueve años no soy *ya* viejo. Pero quiero creer en mi juventud. Si no me creyera joven, no escribiría este libro. En él, quizá sea eso lo único aceptable: la juventud.

Pero no divaguemos... La única simpatía que hemos de sentir por las generaciones decadentes es su ansia de cultura. Creemos que sin cultura no se va a ninguna parte. Lo primero es ser hombres cultos, poblar las bibliotecas y hacer desaparecer el vocablo *cultura* de eso que se llama cultura general. Afirmando que es más aceptable, más digno de consideración un analfabeto que no un individuo que disfrute de *ignorancia general*. Avidez libresca, sí, mucha avidéz libresca.

Pero aquí se manifiestan dos peligros. Uno, es el vocablo *influir*. Otro, muy considerable, es no ver las cosas en *su propio tiempo*. El primero nace más bien de la lectura de críticas y de filosofía *insincera*. Sí, entiendo que uno de los peligros más grandes que pueden ceñirse sobre una juventud libresca es el embriagarse con el alcohol de las lecturas críticas. Y esto adquiere generalmente relieves de embriaguez porque hay momentos ávidos en que la inteligencia joven no se resigna a desconocer, a ignorar. Y nada tan gustoso durante esos lapsos de tiempo como propinar a la curiosidad ávida un tomito de crítica donde se resumen, critican y anotan todas las obras de un gran autor. Después vendrá la lectura de esas obras, lectura que llegará a nosotros siguiendo la trayectoria que marcan los lados de un ángulo recto. El vértice, el lugar o espacio que absorbe nuestra atención porque a su través nos llegan las ideas, lo forma aquel nocivo tomo de crítica que despojó de nuestra sensibilidad el *modo de ver propio*, impidiéndonos ya para siempre la alegría *íntima* de gozar las obras del autor insigne. Una obra crítica mientras no sea

creación del crítico no tiene valor alguno. Repito que la crítica, cualquiera que ella sea, obra generalmente en la juventud el efecto mortífero de una plaga. Hablé antes de filosofía *insincera*, como un tubo conductor del vocablo *influir*. Filosofía *insincera* es, quizá, el noventa por ciento de la filosofía que rueda por el mundo. Y es esta filosofía *insincera* la única que encierra en sí gérmenes nocivos, capaces de desviar la personalidad de un individuo, mostrándole direcciones que sólo por ajenas son ya falsas. El propio espíritu, la impulsión traslaticia y escrutadora de una intimidad es un cosmos completo. Y la filosofía *insincera* nace lo mismo de un centro ruin, dominado por todas las cobardías, que de una individualidad poderosísima cuyo único objetivo sea el desconcierto y la risa. La primera es, al parecer de su autor, más perfecta que la propia sinceridad, esto es, la juzga superior a las ideas mezquinas que absorben su *yo*; falsifica, pues, su filosofía íntima deliberadamente, creyendo así dar al mundo esplendorosas perfecciones.

He aquí un pobre hombre que no sabe lo que hace, *insincero* de buena fe, que desprecia su producir íntimo y que acaso anhele, a tanto fingir, fingirse *otro*. Dijimos de éstos que eran «centros ruines, dominados por todas las cobardías». Dijimos y sostenemos. La otra filosofía *insincera*, nacida de una individualidad poderosísima, se presta a más exégesis. Nos limitamos a señalar aquí que creemos en su existencia. Sí, existen focos inmensos, grandes hombres, que se complacen en desconcertar al prójimo y en mantener sus *fronteras espirituales* con sonrisas, y quizá con carcajadas.

Estos hombres, herméticos giradores alrededor de sí mismos, puede suceder que se lleven a la tumba sus ideas vírgenes aunque hayan dado al mundo treinta, cuarenta o cincuenta volúmenes, repletos de ideorrea para todos los gustos y generaciones. Es probable que a los dos o tres siglos de morir estos hombres, se celebren pomposamente sus centenarios, se tengan sus libros como faros en las tenebrosidades del pensamiento y hasta se diga en discursos de entrada en Academias, refiriéndose a ellos, que «su espíritu fulge como una luz siempre renovada, porque dio cuanto era y abrió a las generaciones presentes y futuras las puertas de su sinceridad».

En clara, definitiva y mundana metáfora, estos grandes hombres *insinceros* hemos de compararlos a las meretrices que logran bajar a la sepultura cual virginales doncellas. Y basta ya de filosofía *insincera*, aunque el tema de los grandes hipócritas nos impulsa a hablar un poco de ellos.

Existen grandes diferencias entre la *insinceridad* y la *hipocresía*. Digamos que ésta es infinitamente inferior a aquélla. Los hipócritas son *insinceros* mediocres. Me parece que nos hemos metido en un lío del cual nos va a ser difícil salir. Nuevas reflexiones se oponen a que sigamos por donde íbamos. Porque vacilo en señalar como *hipocresía* o *insinceridad* ciertas actitudes muy semejantes a las que pueden originar estos defectos. Amiel, al examinar el diario íntimo de Maine de Birau, escribe: «¿Por qué Maine de Birau hace de la voluntad el todo del hombre? Porque tenía muy poca voluntad.» Cabe suponer en esta afirmación de Amiel dos cosas: apasionamiento e *hipocresía*. Cuando yo leí a Amiel por vez primera, hace algunos años, me hicieron impresión fortísima la forma valiente y lapidaria de que se valía en las críticas severas, contrastando con su manera de ser —a lo menos en su diario— irresoluta y débil. Véase cómo pone a Chateaubriand de vuelta y media con motivo de una obra, «El genio del cristianismo», fundándose en el gran orgullo de este romántico; y cómo exclama irónico, también satirizando el orgullo de Víctor Hugo: «Francia es el mundo, París es Francia, Hugo es París. Pueblos, ¡Prosternaos! » Y todos

sabemos que el pobre Amiel fue un enfermo de orgullo, y sólo el orgullo hizo que escribiera un diario falso, retratándose de forma poco envidiable, pero al parecer, sincera, y sobre todo, original. ¿Por qué, pues, se ensañaba con los orgullosos? No lo sabemos. Misterios que se llevan a la tumba estos grandes hombres insinceros. Y ya que se nos ha ido la pluma estampando iconos, digamos que, leyendo ayer «Les reveries du promeneur solitaire», de Juan Jacobo, sentimos por éste una gran compasión. ¡Pobre Rousseau! ¡Qué hipócrita se nos muestra en este libro que no debió escribir nunca! A veces, pensando en suicidas ilustres, me acuerdo sin querer de Juan Jacobo. Este hombre debió suicidarse, porque llegó una época en que ya estorbaba. Quizá lo creyó así, y no otra cosa signifique su reclusión de los últimos años. Pero ¡ay! que fue entonces cuando en uno de sus paseos, en todos ellos mejor dicho, ensartó hipocresías y más hipocresías, tan claras, tan salientes, tan ingenuas, que yo no me explico cómo un hombre como él pudo escribirlas; bueno, escribirlas, sí, pero un poco más esotéricas y resguardadas. ¿Quién va a creer, a no ser un niño, que es sincero cuando dice: «...et quand ensuite les hommes m'ont réduit a vivre seul, j'ai trouvé qu'en séquestrant pour me rendre misérable, ils avaient plut fait pour mon bonheur que je n'avais su faire moi-meme». ¿Pero es que Rousseau lo creía en verdad? No. Lo que pretendía era hacer renegar a sus enemigos, y también, quizá, débilmente, crear, adaptándose, en un fatalismo perezoso. El mismo había escrito en este libro: «L'adversité sans doute est un grand maître; mais ce maître fait payer cher ses leçons, et souvent le profit qu'on en retire ne vaut pas le prix qu'elles ont couté.» ¿En qué quedamos, pobre Juan Jacobo? ¿Eres o no eres dichoso en tu soledad? En fin, consolémonos pensando que el Rousseau de este libro no es todo el Rousseau de que tenemos noticias. Más reflexiones, muchas más, debíamos exponer aquí sobre la insinceridad y la hipocresía, pero no es éste el sitio; acaso cuando caminemos con Don Quijote haya ocasión de decirlas. Bastante se ha estirado el hilo que no debió pasar de una cuartilla. Hablábamos de los peligros que asaltan a una juventud libresca, y como conductores del vocablo *influir* señalamos la lectura de críticas impersonales y la de filosofía insincera.

Nos queda otro peligro, el de «no ver las cosas en su propio tiempo». Vamos a tratar de este peligro, advirtiendo que aquí no hay consejos que valgan. Yo no soy tan majadero que pretenda dar consejos a nadie. Esto queda para esas personas de «mucha moral», que, fundándose en que les sobra, la reparten a diestro y siniestro sobre los mortales. Y vayamos a nuestro «peligro»: La primera visión que se nos pone frente a los ojos al asomarnos al espectáculo de todas las culturas de todos los tiempos, es un conjunto inverosímil de volúmenes y de números. Los números son fechas. Cada volumen tiene un número correspondiente, pero no pegados al lomo como sus colegas de las bibliotecas, no. Están todos revueltos —pues esos números tienen también personalidad— en acervo confuso como si el bibliotecario —la máxima categoría del tiempo— en un minuto de locura hubiera tirado todos los libros por el suelo. A veces, por lo tanto, el número que corresponde a un libro está muy lejos de él y resulta casi imposible buscarlo. Entonces, el lector o visionario, ya en la mano el libro, lanza alguna que otra mirada, como en un supremo esfuerzo por encontrar el número respectivo. Por fin se va, sin encontrar el número. Era preciso hurgar mucho tiempo en el acervo y tener mucha paciencia.

Ese lector es, pues, un mal lector; no concede importancia al «propio tiempo de las cosas». Y no es aventurar mucho el decir que al término de la lectura se encontraría igual o peor que antes de comenzarla. Si la avidez libresca del hombre pudiera ser colmada con

obras inmortales, ese problema estaría resuelto; podríamos desentendernos de los números, esto es, de las fechas. Pero las obras inmortales son muy pocas. Y el hombre necesita escudriñar esfuerzos de visión no tan hondos, pero en los que siempre haya un matiz agradable, *algo* idéntico a nuestras ansias más íntimas: Y aquí ya necesitamos de los números, esto es, de las fechas. Porque esos focos de un pensamiento localizado se mueven entre horizontes reducidísimos, están adheridos como una fatalidad ineluctable a una fecha determinada. Y esos focos si no se les mira a través de «su fecha» no alumbran, nada dicen, nada pueden decir a la interrogación de los hombres. Y es que sus autores eran de su tiempo, sólo de «su tiempo».

Sin embargo, en vano buscaremos en el acervo común el número que pueda corresponder a una obra inmortal. No existen esos números. No busquemos tampoco en estas obras datos para que nos ilustren acerca de éstos o de los otros acontecimientos de «su siglo». Las obras inmortales son de todos los tiempos, y lo que en ellas haya de eterno nada nos puede decir sobre nimios detalles. La obra inmortal, por excelencia, es el Quijote. Yo creo que a lo largo de todos los siglos luchará con el tiempo siempre vencedora. Se me dirá que termino de escribir una contradicción, porque en el Quijote se retrata muy bien una época. Al lector que me interrumpa de esta forma le advertiré que tenga paciencia; después de leer este libro se convencerá de que no hay tal contradicción. Porque en este libro, de acuerdo con su título, se va a hablar del Quijote, aunque estas «cosas preliminares» parezca que no se van a terminar nunca.

Pero digamos un poco más sobre el «propio tiempo», y su importancia en nuestra lectura de obras del pasado. Hemos de aceptar que el espíritu de los hombres se renueva, y que nuestra «manera de ver» es distinta de la «manera de ver» de los hombres de hace dos, cuatro, quince siglos. Esas renovaciones traen consigo una especie de deber, que consiste en el estudio de las cosas que pasaron. Para facilitar este asunto, nuestros antecesores estrujaron su cerebro en los libros. Nosotros, egoístamente, leemos esos libros. Es que gozamos leyéndolos. Pero algunas veces, muchas veces, los leemos sin preocuparnos de comprender el ambiente que les dio vida. Es más, sólo viven leídos a través de ese ambiente. Es la esclavitud al tiempo de todo lo mediocre. Y se produce, claro es, un desequilibrio en nosotros. Se trastrueca nuestra sensibilidad. Los jóvenes, más que otros, deben tener mucho cuidado con el «propio tiempo» de un libro en el mismo libro. Es como buscar los cimientos de una torre en la cúspide. Absurdo, absurdo.

Yo no llamaré pereza a la actitud de hoy, en la que la lectura se sacia casi en su totalidad con producciones de la época. Soy de los que creen que del pasado lo menos posible. Pero, ¡ay!, el noventa y nueve por ciento de la energía librificada dudo que no sea ya pasado cuando llega a nosotros. La ráfaga —débil ráfaga— que pueda formar una hora de tiempo la destruye apenas nacida. Afirmo que las palabras DECADENCIA y AGONÍA encabezarán dentro de unos siglos los capítulos que se dediquen al estudio de *lo creado* durante el primer cuarto del siglo XX. Y los jóvenes, ya lo dije en páginas anteriores, en vez de sentir sobre sí el peso de esa decadencia y los estertores de esa agonía, deben alegrarse, deben asistir gozosos al último ciclo —ciclo de muerte, desaparición— para dar lugar, creándolo, a otro ciclo: el del resurgimiento.

Un resurgimiento debe desterrar de su seno dos vocablos: *sí* y *no*. También la duda. La dificultad consiste en un verbo: crear. Pero crear partiendo de la nada; otra cosa no se puede llamar creación. Y el verbo crear tiene como infancia espiritual no el significado de *ser*, sino el de *querer ser*.

* * *

Y el *querer ser* puede manifestarse en una juventud reclamando ambientes nuevos. Sólo los jóvenes que lo sean verdaderamente podrán aspirar a ese querer ser. Es inútil que *quiera ser* quien ya ha sido. La creación de una «manera» no ha de parecerse a una degeneración, a una decadencia de esta «manera». **[La base de las religiones es la enfermedad del misticismo y también el puntal del arrepentimiento. Y una religión entra en decadencia apenas nace.]**

* * *

¿Se admiten diferencias, categorías, en el alto mundo de la idea? No lo sé. Sí sé, sin embargo, que lo que para algunos es realidad hermosa, para otros significa «nada más» una ilusión débil. Alguien puede percibir «algo» que no llega a todos. Aquí el elogio de los mejores. Ahora bien: no está entre los deberes del individuo hacerse grande hombre (claro es que este deseo no figura en las aspiraciones de muchos); pero sí descubrirlo y ensalzarlo.

* * *

No se exija al verdadero joven que admire en toda su integridad cuanto existe a su alrededor. Sería suprimirlo como realidad actual. Yo concibo que lo viejo ejerza presiones sobre la juventud, pero esas presiones deben limitarse a respetar, no a admirar.

El hombre que admira se incapacita desde ese momento para la creación de cosas más grandes. Dejad a los jóvenes su inquietud por lo desconocido. A esos hombres que anhelan juventud les daría yo una receta: «No admiréis nada y desead siempre.»

* * *

Vamos a dar fin a estas cosas preliminares, y a dar comienzo a la materia que en realidad nutre este libro. A fuer de sincero, manifestaré que me ha traído a esta labor algo así como un desconcierto en presencia del medio intelectual en que vivo. Los jóvenes tienen que luchar con antinomias. Es natural, pues, que en ellos se produzcan a veces grandes desconciertos. Porque las antinomias nacen en su propio espíritu, precisamente porque este espíritu es joven.

Mi antinomia tiene distintos matices: Uno de ellos es que no admirando nada, mi afición por la lectura me lleva a leerlo todo. Me encanta hacer novelas, y, a la vez, siento repugnancia por asuntos «humanos» —entiéndaseme—, que vienen a ser sus nutrices. Gusto del arte y me fastidia esa emoción estética con que se califica por esos mundos de no sé quién. En fin, en fin...

Titulo este libro «El Quijote y nuestro tiempo», y como yo no me he cuidado de enterarme qué ideas corren por ahí sobre el libro inmortal, resulta de aquí que ese «nuestro tiempo» no es una especie de síntesis de lo que piensan sobre el Quijote los ingenios de la época, sino las impresiones, reflexiones, ideas que su lectura le ha sugerido a un microcosmos que vive en nuestro tiempo. Por lo tanto, para más claridad, diré que si se pone el signo igual delante del título «El Quijote y nuestro tiempo», mi pluma, nada más que la mía, añadiría: «El Quijote y yo».

Y entremos en materia.

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

>**ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»**
>**SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS**
>**DOCUMENTO: Quijote_002**